

presidente interino á Huguenin, del arrabal de San Antonio y orador que fué de la petición del 20 de Junio. Tallien, jóven patriota de veinticinco años y redactor de un periódico titulado *El Amigo de los Ciudadanos*, fué elegido secretario del ayuntamiento. Esta municipalidad se convirtió desde las once de la noche en comité director de los movimientos del pueblo y en gobierno de la insurrección. Petion, preso simuladamente para salvar en él el decoro de la ley, no tomó parte en los actos de aquella noche.

El comandante general Mandat, hombre confiado y que respondía atrevidamente del rey al pueblo y del pueblo al rey, concluyó sus últimas disposiciones en fe de órdenes que Petion habia firmado como corregidor de Paris, enviando quinientos hombres con artillería á la casa de la ciudad para guardar el paso del arco de San Juan, por el que debia salir la columna del arrabal de San Antonio, situando tambien un batallon con dos piezas en el Puente Nuevo para disputar su paso á los marseleses, rechazarlos en el arrabal de San German y echarlos hácia el Puente Real, desde donde las baterías del pabellon de Flora los destruirian en cuanto apareciesen. A estas disposiciones, buenas en sí mismas, no les faltó sino tropas capaces de ejecutarlas. Apénas Mandat habia dado estas órdenes, cuando otra orden de la municipalidad le llamó á la casa de ayuntamiento, para dar cuenta del estado del palacio y de las medidas que hubiese tomado para mantener la tranquilidad en Paris.

Al recibir esta orden, Mandat dudó entre sus presentimientos y su deber legal. Segun la ley, la municipalidad tenia á sus órdenes á la guardia nacional y podia residenciar á su comandante. Mandat, por otro lado, ignoraba que esta municipalidad, cambiada violentamente por las secciones, se hubiese convertido en comité de insurrección. Consultó con Røederer, que ignorando tambien el cambio ocurrido en la casa de la ciudad, le aconsejó que fuese. Mandat, como advertido por un presagio interior, buscaba pretextos, inventaba excusas y trataba de dilatar su ida cuanto le fuese posible. En fin, se decidió, y su hijo, jóven de doce años, se empeñó en acompañarle. Mandat montó á caballo, y seguido de aquel niño y de un solo ayudante de campo, fué por los diques á la casa de la ciudad. Al subir los escalones del vestíbulo, su alma se turbó al aspecto de aquellas caras austeras y desconocidas, y comprendió que tenia que responder á los conspiradores de las medidas tomadas para impedir el buen éxito de la conspiración. «¿De orden de quién—le dijo Huguenin—has doblado la guardia del palacio?» «Por orden de Petion»,—respondió balbuceando el desgraciado Mandat. «Enseña esa orden.» «La he dejado en las Tullerías.» «¿Cuándo se te ha dado esa orden?» «Hace tres dias; yo la presentaré.» «¿Por qué has hecho marchar la artillería?» «Porque cuando un batallon marcha, le siguen sus cañones.» «¿La guardia nacional no ha detenido á la fuerza á Petion en palacio?» «Eso es falso; los guardias nacionales han tenido deferencia y respeto al corregidor de Paris. Yo mismo le he saludado cuando he salido.» Durante este interrogatorio se depositó en la mesa del Consejo general una carta de Mandat al comandante del puesto de la casa de la ciudad. Al momento se pidió que fuese leida; su contenido era una orden al comandante del batallon para que dispersase á los insurrectos atacándoles de flanco y por retaguardia. Esta carta fué la sentencia de muerte de Mandat. El Consejo dispuso que se le condujese á la Abadía, y el presidente hizo una señal con la mano, cuyo sentido

se adivinó bien pronto. Un pistoletazo tendió en los escalones de la casa de la ciudad al infortunado comandante, y las picas y los sables le concluyeron. Su hijo, que le esperaba en el vestíbulo, se precipita sobre el cadáver de su padre, disputándole en vano á sus asesinos. El cuerpo de Mandat, arrojado al Sena, hizo desaparecer la orden de Petion.

Se ha acusado del crimen á aquel en cuyo interes fué cometido; la historia, severa en cuanto á la doblez de espíritu de Petion, no le acrimina de haber manchado nunca sus manos con sangre. Sirvió á la revolucion con sus debilidades y con su complicidad moral, pero nunca con el asesinato. La orden de hacer fuego al pueblo, si se hubiese encontrado, acusaba á la municipalidad entera. La muerte de Mandat destruyó el único testimonio que habia. Esta muerte, ejecutada por manos desconocidas, no clamó contra nadie, y las aguas del Sena cubrieron la responsabilidad del ayuntamiento. El Consejo nombró en seguida á Santerre comandante general de la guardia nacional en lugar de Mandat. Petion, que entonces entraba en su casa de vuelta de la Asamblea, encontró á su puerta seiscientos hombres que envió allí Santerre para resguardarle en su casa y para defender su vida contra las asechanzas de la corte.

III

La noticia de la muerte de Mandat, llevada á las Tullerías por su ayudante de campo, causó gran consternación en el ánimo del rey y de la reina, y produjo mucha vacilación en la guardia nacional. Lachesnaye, comandante de batallon, tomó el mando; pero ocupada la casa de la ciudad por las secciones, con una municipalidad revolucionaria y con un comandante general como Santerre, nada era la fuerza moral en sus manos. La suerte de Mandat le presagiaba la suya. Los dos puestos avanzados de la casa de la ciudad y del Puente Nuevo habian sido forzados; el arrabal de San Antonio, en número de quince mil hombres, desembocaba por el arco de San Juan; los marseleses y el arrabal de San Marcelo, en número de seis mil hombres, franquearon el Puente Nuevo. Una multitud inmensa de curiosos engrosaba al parecer este ejército del pueblo, dándole la apariencia de más de cien mil combatientes. Estos dos cuerpos se iban á reunir en el dique del Louvre para avanzar sin obstáculo hácia el Carrousel. La gendarmería de á caballo, formada en batalla en el patio del Louvre, viéndose sitiada en todos los portillos, no pudiendo cargar contra las paredes en el recinto estrecho en donde la habian encerrado, murmuraba de sus jefes y se dividió en dos destacamentos; el uno continuó ocupando inútilmente el patio del Louvre, y el otro fué á formarse en batalla en la plaza del Palacio Real. Por el lado de los Campos Eliseos, de la plaza Vendome y de la calle de San Honorato, ningun obstáculo contenia la afluencia del pueblo; masas inmensas bloqueaban el jardín.

El procurador del departamento, Røederer, al saber la muerte de Mandat y la instalación de un Consejo insurreccional, escribió al Consejo del departamento para que fuese á palacio para tomar providencias contra la nueva municipalidad, ó á ratificar sus órdenes. El departamento, sin más imperio sobre el pueblo que la ley rota entre sus manos, envió comisionados al rey para concertarse con Røederer. Estos eran los señores Leviellard y Fauconpret, Lefebvre d'Ormesson y Beau-

mes (de Aix). Røederer y los miembros del departamento pasaron juntos á una pequeña pieza que daba al jardín, al lado del cuarto del rey. Røederer pidió á su majestad que firmase una orden dirigida al Consejo del departamento autorizándole á abandonar el sitio habitual de sus sesiones. «Mis ministros no están aquí,—respondió Luis XVI;—yo daré la orden cuando vuelvan.»

Aún no se veía en los aposentos. Un momento despues se oyó rodar un coche en el patio. Se entreabrieron las persianas del gabinete del rey para conocer la causa de este ruido, y se vió que era el coche de Petion que se iba vacío. El día empezaba á aclarar.

Madama Isabel se aproximó á la ventana y miró al cielo, que estaba rojo como la reverberacion de un incendio. «Hermana mia,—dijo á la reina,—venid á ver amanecer.» La reina se levantó, miró al cielo y suspiró: éste fué el último día en que vió el sol desde una ventana sin rejas. Toda etiqueta había desaparecido, confundiendo la agitacion todos los rangos. A cada noticia que llevaban al rey ó á la reina, una porcion de criados, de amigos y militares se agrupaban familiarmente alrededor suyo, expresando sus impresiones ó diciendo su parecer. El rey se veía obligado á cambiar con frecuencia de sitio, y á ir á buscar algunos papeles á su aposento para responder al ministro que pretendia hablarle á solas.

Hácia las tres se retiró de nuevo á su cuarto, dejando á la reina, á madama Isabel, á los ministros y á Røederer en la sala del Consejo, agobiado de fatiga y de las emociones del día anterior y de la noche, y tranquilo por las noticias que acababa de recibir, creyendo que iba á encontrar en algunos momentos de sueño las fuerzas que necesitaria para aquel día. La reina y madama Isabel estaban acompañadas de la princesa de Lamballe, de la de Tarento, de las señoras de la Roche-Aymon y de Ginestous, de la de Tourzel, aya de los príncipes; de Makau, de Bouzy y de Villefort, segundas ayas; señoras todas de la corte, á quienes los peligros y los contratiempos de sus señores elevaron de repente en aquella noche hasta olvidarse de sí mismas con el heroísmo natural en las mujeres. La duquesa de Maillé, dama de palacio que no estuvo en él el día anterior y á quien sus opiniones populares habían hecho sospechosa á la corte desde los primeros días de la revolucion, al saber por la noche el próximo ataque de palacio y los peligros de la familia real, salió á pié de su casa y fué sola, sin ocultar su nombre ni su adhesion á la reina, por medio de las oleadas del pueblo que obstruía las avenidas de las Tullerías, para ir al lado de su señora. El pueblo amotinado le impedía el paso como si fuese una insensata. «Dejadme entrar—exclamaba—adonde la amistad y el deber me llaman. ¡Las mujeres no tienen tambien su honor? ¡Este es su corazon! ¡El mio es de la reina! ¡Vuestro patriotismo es aborrecerla! ¡El mio es morir á sus piés!»

Las mujeres del pueblo, admiradas de esta demencia de fidelidad que arrojaba la muerte, hicieron volverse á la duquesa sin insultarla, y la llevaron á la fuerza á su palacio. La reina, madama Isabel, todas aquellas señoras, todos los magistrados y todos los militares que allí estaban donde bien les parecia, se sentaban en las banquetas ó en los taburetes de la sala del Consejo. Røederer mostró en toda esta noche, como en el 20 de Junio, el carácter de un gran ciudadano. Aunque adicto al partido de la Constitucion, inspiraba no obstante confianza á la familia real. Su actitud fué la de la ley; intrépido como magistrado, triste como

ciudadano, respetuoso como hombre, su enternecimiento por las angustias que se padecian en el palacio no se ocultó ni á la reina, ni á su hermana, ni al rey. Madama Isabel se aproximaba á él con frecuencia para preguntarle con su melancólica jovialidad. La reina veía en él un consejero austero pero leal, y el rey su último amigo.

Hácia las cuatro, el rey salió de su alcoba y apareció en la sala del Consejo. Se veía por lo ajado de su vestido y el desorden de su peinado que se había recostado un momento; tenía los cabellos empolvados y rizados por un lado, y aplastados y sin polvos por el otro; la palidez de su rostro, lo cargado de sus ojos y los músculos de su boca comprimidos y trémulos, atestiguaban que había llorado en



Los reyes pasando entre las filas de los caballeros reunidos en las Tullerías.—Pág. 492.

secreto; pero la misma serenidad acostumbrada aparecía en su frente, y la misma sonrisa de bondad en su boca. No estaba en el poder humano imprimir el resentimiento en el alma ó en las facciones de este príncipe. Sus amigos amaron y sus enemigos despreciaron en él sólo su bondad; éste fué su defecto y su virtud. La reina y madama Isabel se arrojaron en sus brazos, y llevándole al hueco de una ventana, hablaron con él algunos minutos en voz baja, manifestando en sus ademanes la más tierna familiaridad. Cada una de las princesas tenía entre sus manos uná del rey. El las miraba sucesivamente con tristeza, y parecia pedirles perdon de los tormentos que sufrían por su causa. Todos los circunstantes se alejaron de allí con respeto.

La familia real pasó en seguida al lado del edificio que daba á los patios, para conocer sin duda el número y la actitud de las tropas acampadas á la inmediacion del palacio. Un poco despues la reina hizo llamar á Røederer, el que la encontró en el aposento de Thierry, ayuda de cámara del rey. Este cuarto daba al

pequeño taller de cerrajería de Luis XVI. María Antonieta estaba sola, sentada cerca de una chimenea, vuelta de espaldas hácia la ventana. Mr. Dubouchage, ministro de Marina, entró y se quedó en un rincón como un hombre que vigila y aguarda. La reina, visiblemente inquieta por lo que había visto en los patios, por el escaso número de sus defensores y por lo que le habían contado de lo que iban aumentando los sitiadores, volvió á caer desde la exaltación de sus primeras esperanzas á la postración del abatimiento. Este era uno de aquellos momentos en que la realidad, que no se quiere ver, aparece por primera vez confusamente, y contra la cual se subleva uno á pesar de conocerla.

María Antonieta preguntó á Røederer qué era lo que debía hacer en unas circunstancias tales como las que atravesaba desde el amanecer. Røederer no quiso ocultarle el grave daño que podía sobrevenirle, y prefirió hablarla ántes que adularla en unos momentos tan críticos. Sugirióle además la idea de colocar al rey bajo la salvaguardia de la nación, con lo cual lograría salvar su existencia, siendo el medio para conseguirlo el presentarse con toda su familia en medio de la Representación nacional, con lo cual la haría tan sagrada é inviolable como la misma Constitución. «Si el rey ha de morir, señora,—dijo Røederer,—es preciso que perezca la Constitución también del mismo golpe que hiera al monarca. Pero el pueblo se detendrá ante su propia imágen, personificada en la Asamblea de sus representantes. La misma Asamblea no podrá ménos de defender á un rey que confundirá su existencia con la de aquella corporación. La insurrección, que sólo sería criminal ante la morada del rey, sería parricida si le atacase en el santuario de la nación.» Tales fueron los consejos de Røederer. María Antonieta se ruborizaba al escucharle, y se notaba que su altivez de reina luchaba interiormente en su alma con su ternura de esposa y de madre. Mr. Dubouchage, caballero leal y marino intrépido, acudió á sacar á la reina de aquella perplejidad. «Según eso, caballero,—dijo á Røederer,—lo que nos proponéis es que se conduzca al rey á manos de sus enemigos.» «La Asamblea es ménos enemiga suya de lo que pensáis,—replicó el procurador del departamento,—puesto que en la última votación monárquica, cuatrocientos de sus miembros votaron por el rey, y doscientos solamente por Lafayette. Por lo demás, entre los peligros siempre escojo yo el menor, y por eso propongo el único partido posible que ha dejado el destino para salvar al rey.»

La reina, con un acento resuelto, como si hubiese querido tranquilizarse oyendo el sonido de su propia voz, le dijo: «Caballero, aquí hay fuerzas, y es ya tiempo de saber quién ganará entre el rey y las facciones». Røederer propuso entonces que se oyese al comandante general que había reemplazado al infortunado Mandat, llamado Lachesnaye. Al momento se le envió á buscar, y compareció en seguida. Preguntósele si el estado de las disposiciones exteriores de defensa era suficiente para que la corte se tranquilizase, y si había dado las órdenes convenientes para detener las columnas que marchaban contra el regio alcázar. Lachesnaye respondió afirmativamente, añadiendo que el Carrousel estaba bien guardado. Después, dirigiéndose á la reina con cierta especie de mal humor y como en tono de reconvencción, le dijo: «Señora, yo no debo ocultaros que las habitaciones del rey están llenas de gentes desconocidas que tratan de engañarle, y cuya presencia ofusca y agria á la guardia nacional.» «La guardia nacional no tiene razón,—con-

testó la reina.—Esos hombres que decis son de toda confianza.» La actitud y el lenguaje de María Antonieta convencieron á Røederer de que el palacio estaba decidido á aceptar la batalla, y que lo que se quería era obtener un triunfo para imponer á la Asamblea. Sin embargo, no pudo ménos de insinuar que convendría que el rey enviase un escrito al Cuerpo legislativo pidiéndole su auxilio. Mr. Dubouchage se opuso también á esto. «Si esta idea no es buena,—dijo Røederer,—al ménos, que vayan dos ministros á la Asamblea y le pidan que envíe algunos miembros de su seno á palacio.»

Se adoptó por fin este último medio, y Mrs. de Joly y Champion salieron inmediatamente con dirección á aquel punto.

La Asamblea estaba deliberando con la mayor tranquilidad sobre el asunto de los negros cuando los dos ministros se presentaron. Mr. de Joly, ministro de Justicia, pintó lo peligroso de la situación y la urgencia de tomar medidas prontas y eficaces, declarando al mismo tiempo que el rey deseaba que una diputación de la Representación nacional fuese á asociarse á él para preservar la Constitución de nuevos ataques, y para proveer con su presencia á la seguridad de la familia real. La Asamblea, casi sin oírle, pasó con desden á la orden del día. Era poco numerosa y estaba distraída y como aletargada, cual lo está todo cuerpo político que aguarda una gran ruina, y que no quiere tomar parte en el acontecimiento.

IV

Mrs. de Joly y Champion salieron muy desanimados de la Asamblea. Røederer y los ministros se habían quedado conferenciando en una piececita contigua á la habitación del rey. Al poco tiempo llegaron allí los miembros del departamento que noticiaron á los ministros la formación de la nueva municipalidad. Esta acababa de mandar que se distribuyesen cartuchos á los marseleses, y según todas las probabilidades, este batallón y el de los Franciscanos debían haber emprendido ya la marcha. Destronada la ley por todas partes, no le quedaba otro asilo que las Tullerías. Volvióse á insistir entonces en que el rey fuese á pedir protección á la Asamblea. «No,—dijo Mr. Dubouchage, que acababa de oír desde las ventanas los ultrajes proferidos contra el rey por el batallón de las picas,—no hay seguridad para el rey sino aquí; es preciso que triunfe ó que perezca.»

Los miembros del departamento, y Røederer á su frente, determinaron dirigirse personalmente al Cuerpo legislativo, hacerle conocer la situación, enterarle de los consejos que habían dado al rey, y finalmente, excitar á la Asamblea á que adoptase una resolución que lo salvase todo. Estos miembros del departamento se encontraron cerca ya de la Asamblea con los dos ministros que salían de allí. «¿Qué vais á hacer?—les dijo el ministro de Justicia.—Nosotros acabamos de suplicar á la Asamblea que llame al rey á su seno, y apenas nos ha escuchado; por otro lado, el número de diputados que han asistido á la sesión es tan corto que apenas llegará á sesenta. No son, como veis, los suficientes para dar un decreto.» Desanimados los miembros del departamento al oír esto, se volvieron á palacio en compañía de los ministros. Los artilleros que estaban sirviendo las piezas colocadas al pié de la escalera principal les detuvieron. «Señores,—les dijeron con una ansiedad que se revelaba bien á las claras en sus rostros,—¿nos veremos obliga-

dos á hacer fuego á nuestros hermanos?» «Vosotros no estais ahí—les respondió Roederer—sino para guardar la casa del rey é impedir que se fuerce la entrada de ella. Los que llegasen á hacer fuego, no serian ya vuestros hermanos.»

Estas palabras parece que tranquilizaron algun tanto á los artilleros, que suplicaron á Roederer y á sus colegas que fuesen á repetir las en los patios, en donde los guardias nacionales eran presa de escrúpulos semejantes á los de los artilleros. Roederer y sus colegas atravesaron entónces el vestíbulo y entraron en el patio Real. Este presentaba un aspecto formidable de defensa. A la derecha estaba formado en batalla uno de los batallones de granaderos de la guardia nacional, que se extendia desde las ventanas de palacio hasta la pared del Carrousel. A la izquierda y dando frente á este batallon cívico, habia otro de suizos. Los fuegos cruzados de estos dos batallones hubieran hecho polvo las columnas del pueblo que hubiesen penetrado en el patio por el Carrousel. Entre estos dos batallones habia cinco piezas de artillería apuntadas contra el Carrousel y puestas en batería delante de la puerta principal de las Tullerías, que hubiesen abrasado á los sitiadores por aquella parte, al mismo tiempo que las otras cinco que estaban colocadas á la puerta del jardin los hubiesen hecho trizas por uno de los flancos. Semejantes disposiciones hacian aparecer los patios inexpugnables. La diputacion departamental se fué en derecha del batallon de la guardia nacional. Roederer, colocándose en el centro de él, le arengó en términos precisos, firmes y moderados, cual conviene á un órgano impasible de la ley. «Nada de ataque,—les dijo,—un continente firme, y mantenerse tambien con firmeza á la defensiva.»

V

Los guardias nacionales no manifestaron ni entusiasmo ni vacilacion. El procurador síndico se fué al medio del patio para dirigir la misma alocucion á los artilleros. Estos se alejaron con afectacion hasta una distancia fuera del alcance de la voz de aquel magistrado, para no oír una intimacion que estaban resueltos á desobedecer. Uno de ellos, sin embargo, hombre de un exterior marcial y de una fisonomía resuelta, acercándose al síndico, le dijo: «¿Estareis tambien ahí si nos hacen fuego?» «Aquí estaré,—contestó Roederer,—y no detras de las piezas, sino delante, á fin de que si alguien debe perecer en este día, seamos nosotros los primeros que perezcamos en defensa de las leyes.» «Estarémos todos»,—dijeron á una voz los demas miembros del departamento. Al oír esto el artillero, con una accion más expresiva que todas las palabras, descargó la pieza, echó la carga en el suelo y apagó la mecha poniéndole el pié encima. La ley quedó con esto desarmada ante el pueblo. Este aplaudió al artillero desde lo alto de las tapias del Carrousel.

Miéntas el departamento fracasaba en sus negociacionés con los artilleros, unos oficiales municipales entregaban á los suizos la órden de rechazar la fuerza con la fuerza. A los pocos pasos, unos emisarios marseleses que habian penetrado en los patios arengaban á aquellos soldados extranjeros para comprometerlos á que no hiciesen fuego á los patriotas, que querian ser libres y republicanos como ellos. De repente se oyó llamar muy de prisa y muy fuerte en la puerta Real. Roederer acudió inmediatamente á aquel punto y mandó abrir un postigo. Entónces entró un jóven delgado y pálido, que era oficial de los artilleros de la insurreccion. Este

hombre, que era uno de los exaltados, dijo que su gente queria trasladarse á la Asamblea y bloquear al Cuerpo legislativo hasta que decretase la caducidad del rey, y añadió que el pueblo tenia doce piezas en el Carrousel. «Nosotros pedimos—prosiguió—que se nos permita pasar por el palacio y por el jardin para ir á hacer presente el voto del pueblo á la Asamblea; nosotros no queremos hacer ningun mal. Ya veis que todos somos ciudadanos como vosotros. No pensamos atentar contra la libertad de la Asamblea; al contrario, queremos volverle su libertad, sofocada bajo las conspiraciones de la corte.» Despues de un acalorado diálogo entre aquel jóven y los magistrados, los repetidos golpes que movian la puerta con violencia y el rugido de la multi-



Westermann llamando con su sable en la puerta del patio Real.—Pág. 496.

tud, á cada instante en aumento, hicieron que el departamento se retirase de allí á aguardar la hora fatal ó propicia del desenlace.

VI

Previendo la reina que este desenlace se efectuaría al amanecer y que sería sangriento, no queriendo por otra parte que el asalto del palacio y el acero de los marseleses sorprendiera á sus hijos en la cama, les hizo despertar, vestir y conducir á su lado á las cinco de la mañana. El rey y la reina los besaron con más ternura que de ordinario, así como se estrecha con más fuerza aquello que uno cree que va á escapársele. El Delfin estaba alegre y jugueton, como era propio de su edad. Aquella hora de levantarse á que él no estaba acostumbrado, y aquel aparato militar en los cuartos, en el jardin y en los patios, le divertia. ¡Infeliz, que no